**La hierba de las noches**

**Patrick Modiano**

Pues no lo soñé. A veces me sorprendo diciendo esta frase por la calle, como si oyese la voz de otro. Una voz sin matices[[1]](#footnote-2). Nombres que me vuelven a la cabeza, algunos rostros, algunos detalles. Y nadie ya con quien hablar de ellos. Sí que deben de quedar dos o tres testigos que están todavía vivos. Pero seguramente se les habrá olvidado todo. Y, además, uno acaba por preguntarse si hubo de verdad testigos.

No, no lo soñé. La prueba es que tengo una libreta negra repleta de notas. En esta niebla, necesito palabras exactas y miro el diccionario. Nota: escrito breve que se hace para recordar algo. Las páginas de la libreta son una sucesión de nombres, de números de teléfono, de fechas de citas y también de textos cortos que a lo mejor tienen algo que ver con la literatura. Pero ¿en qué categoría hay que clasificarlos? ¿Diario íntimo? ¿Fragmentos de memoria? Y también cientos de anuncios[[2]](#footnote-3) por palabras copiados de los periódicos. Perros perdidos. Pisos amueblados. Demandas y ofertas de empleo. Videntes[[3]](#footnote-4).

De entre todas esas notas, algunas tienen un eco mayor que otras. Sobre todo cuando nada altera el silencio. Hace mucho que no suena el teléfono. Ni nadie llamará a la puerta. Deben de creer que me he muerto. Está uno solo, atento, como si quisiera captar señales en morse que un interlocutor desconocido le envía desde muy lejos. Muchas señales llegan con interferencias y por mucho que afine uno el oído se pierden para siempre. Pero hay nombres que destacan con nitidez en el silencio y en la página blanca...

Dannie, Paul Chastagnier, Aghamouri, Duwelz, Gérard Marciano, «Georges», el Unic Hôtel, calle de Le Montparnasse... Si no recuerdo mal, en ese barrio andaba yo siempre con la guardia alta. El otro día, pasé por casualidad. Noté una sensación muy rara. No la sensación de que hubiera pasado el tiempo, sino de que otro yo, un gemelo, rondaba por las inmediaciones; que no había envejecido y seguía viviendo en los mínimos detalles, y hasta el final de los tiempos, lo que viví aquí durante una temporada muy breve.

¿De qué dependía el malestar que notaba tiempo atrás? ¿Era por esas calles a la sombra de una estación y de un cementerio? De repente, me parecían anodinas[[4]](#footnote-5). Había cambiado el color de las fachadas. Mucho más claras. Nada de particular. Una zona neutral. ¿Era realmente posible que un doble que hubiera dejado yo aquí siguiera repitiendo todos y cada uno de mis antiguos gestos y recorriendo mis antiguos itinerarios por toda la eternidad? No, aquí no quedaba ya nada de nosotros. El tiempo había arramblado con[[5]](#footnote-6) todo. El barrio era nuevo y lo habían saneado, como si lo hubieran vuelto a construir en el emplazamiento de un islote insalubre. Y aunque la mayoría de los edificios eran los mismos, le daban a uno la impresión de hallarse ante un perro disecado, un perro que hubiera sido de uno y al que hubiera querido cuando estaba vivo.

Ese domingo por la tarde, durante el paseo, intenté recordar qué ponía en la libreta negra, que lamentaba no llevar en el bolsillo. Horas a las que había quedado con Dannie. El número de teléfono del Unic Hôtel. Los nombres de las personas con quienes me encontraba allí. Chastagnier, Duwelz, Gérard Marciano. El número de teléfono de Aghamouri en el pabellón de Marruecos de la Ciudad Universitaria. Breves descripciones de diversas zonas de ese barrio que tenía el proyecto de titular «Los adentros de Montparnasse», pero, treinta años después, descubrí que ese título lo había usado ya un tal Oser Warszawski.

Un domingo de octubre a media tarde me llevaron, pues, mis pasos a esa zona por la que otro día de la semana habría evitado pasar. No, no se trataba de una peregrinación de verdad. Pero los domingos, sobre todo a media tarde y si uno está solo, abren en el tiempo algo así como una brecha. Basta con colarse por ella. Un perro disecado al que uno quiso cuando estaba vivo. Cuando estaba pasando delante del edificio grande, blanco y beige sucio, el número 11 de la calle de Odessa –iba por la acera de enfrente, la de la derecha–, noté algo así como si saltase un muelle, esa clase de vértigo que le entra a uno precisamente cada vez que se abre una brecha en el tiempo. Me quedé quieto con la vista clavada en las paredes del edificio que rodeaban el patinillo[[6]](#footnote-7). Allí era donde Paul Chastagnier aparcaba siempre el coche cuando vivía en una habitación del Unic Hôtel, en la calle de Le Montparnasse. Una noche, le pregunté por qué no dejaba el coche delante del hotel. Puso una sonrisa apurada y me contestó, encogiéndose de hombros: «Por precaución...»

Un Lancia rojo. Podía llamar la atención. Pero, entonces, si quería resultar invisible, ¿a quién se le ocurría escoger esa marca y ese color...? Luego me explicó que un amigo suyo vivía en ese edificio de la calle de Odessa y que le prestaba el coche a menudo. Sí, por eso lo dejaba aparcado allí.

«Por precaución...», decía. Yo no había tardado en caer en la cuenta de que aquel hombre de alrededor de cuarenta años, moreno, siempre muy atildado[[7]](#footnote-8), con trajes grises y abrigos azul marino, no tenía ninguna profesión concreta. En el Unic Hôtel lo oía hablar por teléfono, pero la pared era demasiado gruesa para que fuera posible seguir la conversación. Sólo me llegaba la voz, seria y a veces cortante. Silencios prolongados. Al tal Chastagnier lo había conocido en el Unic Hôtel al mismo tiempo que a otras cuantas personas con quien había coincidido en ese mismo establecimiento: Gérard Marciano, Duwelz, de cuyo nombre no me acuerdo... Con el tiempo, sus siluetas se han vuelto borrosas y sus voces inaudibles. Paul Chastagnier destaca con mayor precisión por los colores: pelo muy negro, abrigo azul marino, coche rojo. Supongo que pasó una temporada en la cárcel, como Duwelz y como Marciano. Era el de más edad y ya ha debido de morirse. Se levantaba tarde y quedaba con la gente a cierta distancia, hacia el sur, en esas zonas interiores que están alrededor de la antigua estación de mercancías cuyos nombres tradicionales también a mí me resultaban familiares: Falguière, Alleray e, incluso, algo más allá, la calle de Les Favorites... Cafés desiertos a los que me llevó a veces y donde creía seguramente que nadie podría localizarlo. Nunca me atreví a preguntarle si tenía una prohibición de residencia, aunque fue una idea que se me pasó a menudo por la cabeza. Pero, en tal caso, ¿por qué aparcaba el coche rojo delante de esos cafés? ¿No habría sido más prudente para él ir a pie y discretamente? Yo por entonces iba siempre andando por aquel barrio que estaban empezando a derruir, siguiendo las hileras de solares, de edificios pequeños de ventanas tapiadas y tramos de calles entre montones de escombros, como después de un bombardeo. Y aquel coche rojo allí aparcado, aquel olor a cuero, aquella mancha llamativa que resucita los recuerdos... ¿Los recuerdos? No. Aquel domingo a última hora de la tarde ya me estaba convenciendo de que el tiempo no se mueve y de que si de verdad me colase por la brecha me lo volvería a encontrar todo intacto. Y, más que cualquier otra cosa, ese coche rojo. Decidí ir andando hasta la calle de Vandamme. Había allí un café al que me había llevado Paul Chastagnier y donde la conversación se fue por derroteros más personales. Noté incluso que estaba a punto de hacerme confidencias. Me propuso, con medias palabras, que «trabajase» para él. Le di largas. No insistió. Yo era muy joven, pero muy desconfiado. Más adelante, volví a aquel café con Dannie.

Ese domingo era casi de noche cuando llegué a la avenida de Le Maine y fui siguiendo los edificios grandes y nuevos, por la acera de los pares. Formaban una fachada rectilínea. Ni una luz en las ventanas. No, no lo había soñado. La calle de Vandamme desembocaba en la avenida más o menos a esa altura, pero aquella tarde las fachadas eran lisas y compactas, sin el mínimo paso. No me quedaba más remedio que rendirme a la evidencia: la calle de Vandamme ya no existía.

Me metí por la puerta acristalada de uno de esos edificios, más o menos en el sitio en que entrábamos en la calle de Vandamme. Luz de tubos de neón. Un corredor largo y ancho que flanqueaban tabiques acristalados, tras los que había una sucesión de oficinas. A lo mejor quedaba un tramo de la calle de Vandamme, encerrado en esa mole de edificios nuevos. Al pensarlo, me entró una risa nerviosa. Seguía por el corredor de las puertas acristaladas. No veía el final y la luz de neón me hacía guiñar los ojos. Pensé que aquel corredor transcurría, sencillamente, por el antiguo trazado de la calle de Vandamme. Cerré los ojos. El café estaba al final de la calle, que prolongaba un callejón sin salida que se topaba con la pared de los talleres del ferrocarril.

 Pourtant je n’ai pas rêvé. Je me surprends quelquefois

à dire cette phrase dans la rue, comme si

j’entendais la voix d’un autre. Une voix blanche.

Des noms me reviennent à l’esprit, certains

visages, certains détails. Plus personne avec qui

en parler. Il doit bien se trouver deux ou trois

témoins encore vivants. Mais ils ont sans doute

tout oublié. Et puis, on finit par se demander s’il

y a eu vraiment des témoins.

Non, je n’ai pas rêvé. La preuve, c’est qu’il me

reste un carnet noir rempli de notes. Dans ce

brouillard, j’ai besoin de mots précis et je consulte

le dictionnaire. Note : Courte indication que

l’on écrit pour se rappeler quelque chose. Sur

les pages du carnet se succèdent des noms, des

numéros de téléphone, des dates de rendez-vous,

et aussi des textes courts qui ont peut-être quelque

chose à voir avec la littérature. Mais dans quelle

catégorie les classer ? journal intime ? fragments

de mémoire ? Et aussi des centaines de petites

annonces recopiées et qui figuraient dans des

journaux. Chiens perdus. Appartements meublés.

Demandes et offres d’emploi. Voyantes.

Parmi ces quantités de notes, certaines ont une

résonance plus forte que les autres. Surtout

quand rien ne trouble le silence. Plus aucune

sonnerie de téléphone depuis longtemps. Et personne

ne frappera à la porte. Ils doivent croire

que je suis mort. Vous êtes seul, attentif, comme

si vous vouliez capter des signaux de morse

que vous lance, de très loin, un correspondant

inconnu. Bien sûr, de nombreux signaux sont

brouillés, et vous avez beau tendre l’oreille ils

se perdent pour toujours. Mais quelques noms

se détachent avec netteté dans le silence et sur la

page blanche...

Dannie, Paul Chastagnier, Aghamouri, Duwelz,

Gérard Marciano, « Georges », l’Unic Hôtel, rue

du Montparnasse... Si je me souviens bien, j’étais

toujours sur le qui-vive dans ce quartier. L’autre

jour, je l’ai traversé par hasard. J’ai éprouvé une

drôle de sensation. Non pas que le temps avait

passé mais qu’un autre moi-même, un jumeau,

était là dans les parages, sans avoir vieilli, et continuait

à vivre dans les moindres détails, et jusqu’à

la fin des temps, ce que j’avais vécu ici pendant

une période très courte.

À quoi tenait le malaise que j’avais ressenti

autrefois ? Était-ce à cause de ces quelques rues

à l’ombre d’une gare et d’un cimetière ? Elles

me paraissaient brusquement anodines. Leurs

façades avaient changé de couleur. Beaucoup

plus claires. Rien de particulier. Une zone neutre.

Était-il vraiment possible qu’un double que j’avais

laissé là continue à répéter chacun de mes anciens

gestes, à suivre mes anciens itinéraires pour l’éternité

? Non, il ne restait plus rien de nous par ici.

Le temps avait fait table rase. Le quartier était

neuf, assaini, comme s’il avait été reconstruit sur

l’emplacement d’un îlot insalubre. Et si la plupart

des immeubles étaient les mêmes, ils vous donnaient

l’impression de vous trouver en présence

d’un chien empaillé, un chien qui avait été le

vôtre et que vous aviez aimé de son vivant.

Ce dimanche après-midi, au cours de ma promenade,

j’essayais de me rappeler ce qui était écrit

sur le carnet noir que je regrettais de n’avoir pas

dans ma poche. Des heures de rendez-vous avec

Dannie. Le numéro de téléphone de l’Unic Hôtel.

Les noms de ceux que j’y rencontrais. Chastagnier,

Duwelz, Gérard Marciano. Le numéro de téléphone

d’Aghamouri au pavillon du Maroc de la

Cité universitaire. De courtes descriptions de différents

secteurs de ce quartier que je projetais d’intituler

« L’arrière-Montparnasse », mais je devais

découvrir trente ans plus tard que le titre avait

déjà été utilisé par un certain Oser Warszawski.

Un dimanche de fin d’après-midi en octobre,

mes pas m’avaient donc entraîné dans cette zone

que j’aurais évitée un autre jour de la semaine.

Non, il ne s’agissait vraiment pas d’un pèlerinage.

Mais les dimanches, surtout en fin d’après-midi,

et si vous êtes seul, ouvrent une brèche dans le

temps. Il suffit de s’y glisser. Un chien empaillé

que vous aviez aimé de son vivant. À l’instant où

je passais devant le grand immeuble blanc et

beige sale du 11, rue d’Odessa — je marchais sur

le trottoir d’en face, celui de droite —, j’ai senti

une sorte de déclic, ce léger vertige qui vous

prend chaque fois justement qu’une brèche

s’ouvre dans le temps. Je restais immobile à fixer

les façades de l’immeuble qui entouraient la

petite cour. C’était là que Paul Chastagnier garait

toujours sa voiture, alors qu’il occupait une

chambre rue du Montparnasse, à l’Unic Hôtel.

Un soir, je lui avais demandé pourquoi il ne laissait

pas cette voiture devant l’hôtel. Il avait eu un

sourire gêné et m’avait répondu en haussant les

épaules : « Par prudence... »

Une Lancia de couleur rouge. Elle risquait

d’attirer l’attention. Mais alors, s’il voulait être

invisible, quelle drôle d’idée d’avoir choisi une

telle marque et une telle couleur... Puis il m’avait

expliqué qu’un ami à lui habitait cet immeuble

de la rue d’Odessa et qu’il lui prêtait souvent sa

voiture. Oui, voilà pourquoi elle était garée là.

« Par prudence », disait-il. Je m’étais vite rendu

compte que cet homme d’une quarantaine d’années,

brun, toujours soigné dans des costumes

gris et des manteaux bleu marine, n’exerçait pas

un métier précis. Je l’entendais téléphoner à

l’Unic Hôtel, mais le mur était trop épais pour

que je suive la conversation. Seule la voix me

parvenait, grave, parfois tranchante. De longs

silences. Ce Chastagnier, je l’avais connu à l’Unic

Hôtel en même temps que quelques personnes

croisées dans le même établissement : Gérard

Marciano, Duwelz, dont j’ai oublié le prénom...

Leurs silhouettes sont devenues floues avec le

temps, leurs voix, inaudibles. Paul Chastagnier se

découpe avec plus de précision à cause des couleurs

: cheveux très noirs, manteau bleu marine,

voiture rouge. Je suppose qu’il a fait quelques

années de prison comme Duwelz, comme Marciano.

Il était le plus vieux et il a bien dû mourir

depuis. Il se levait tard et il donnait ses rendezvous

plus loin, vers le sud, cet arrière-pays autour

de l’ancienne gare de marchandises dont les

lieux-dits m’étaient à moi aussi familiers : Falguière,

Alleray, et même, un peu plus loin, jusqu’à

la rue des Favorites... Des cafés déserts où il m’a

emmené quelquefois et où il pensait sans doute

que personne ne pourrait le repérer. Je n’ai

jamais osé lui demander s’il était interdit de

séjour bien que cette idée m’ait souvent traversé

l’esprit. Mais alors pourquoi garait-il la voiture

rouge devant ces cafés ? N’aurait-il pas été plus

prudent pour lui d’y aller à pied, en toute discrétion

? Moi, à cette époque, je marchais toujours

dans ce quartier que l’on commençait à détruire,

le long de terrains vagues, de petits immeubles

aux fenêtres murées, de tronçons de rues entre

des piles de gravats, comme après un bombardement.

Et cette voiture rouge garée là, son

odeur de cuir, cette tache vive grâce à laquelle les

souvenirs reviennent... Les souvenirs ? Non.

Ce dimanche soir, je finissais par me persuader que

le temps est immobile et que si je glissais vraiment

dans la brèche je retrouverais tout, intact.

Et d’abord cette voiture rouge. J’ai décidé de

marcher jusqu’à la rue Vandamme. Il y avait là

un café où m’avait entraîné Paul Chastagnier et

où la conversation avait pris un tour plus personnel.

J’avais même senti qu’il était au bord des

confidences. Il m’avait proposé, à demi-mot, de

« travailler » pour lui. J’étais resté évasif. Il n’avait

pas insisté. J’étais très jeune mais très méfiant. Par

la suite, j’étais retourné dans ce café avec Dannie.

Ce dimanche, il faisait presque nuit quand je

suis arrivé avenue du Maine, et je longeais les

grands immeubles neufs sur le côté des numéros

pairs. Ils formaient une façade rectiligne. Pas une

seule lumière aux fenêtres. Non, je n’avais pas

rêvé. La rue Vandamme s’ouvrait sur l’avenue à

peu près à cette hauteur, mais ce soir-là les

façades étaient lisses, compactes, sans la moindre

échappée. Il fallait bien que je me rende à l’évidence

: la rue Vandamme n’existait plus.

J’ai franchi la porte vitrée de l’un de ces

immeubles, à l’endroit approximatif où nous

nous engagions dans la rue Vandamme. Une

lumière au néon. Un long et large couloir bordé

de parois de verre derrière lesquelles se succédaient

des bureaux. Peut-être un tronçon de la

rue Vandamme subsistait-il, encerclé par la masse

des immeubles neufs. Cette pensée me causa un

rire nerveux. Je continuais à suivre le couloir aux

portes vitrées. Je n’en voyais pas la fin et je clignais

des yeux à cause du néon. J’ai pensé que ce

couloir empruntait tout simplement l’ancien

tracé de la rue Vandamme. J’ai fermé les yeux.

Le café était au bout de la rue, prolongée par une

impasse qui butait sur le mur des ateliers du

chemin de fer.

1. matiz (tonalidad) nuance [↑](#footnote-ref-2)
2. anuncio (mensaje) advertentie [↑](#footnote-ref-3)
3. vidente helderziende [↑](#footnote-ref-4)
4. anodina (insignificante) onbetekenend [↑](#footnote-ref-5)
5. arramblar con inpikken [↑](#footnote-ref-6)
6. patinillo schaatsbaan [↑](#footnote-ref-7)
7. atildado er zeer netjes uitziend [↑](#footnote-ref-8)